



## Capítulo 6

# Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica  
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich  
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

*Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## HISTORIA, LITERATURA Y VIOLENCIA EN EL PERÚ DE LOS 80

*por Nelson Manrique*

EL FENOMENO DE LA VIOLENCIA POLÍTICA ha motivado el interés de muchos estudios. Desde múltiples aproximaciones se ha intentado dar cuenta de las condiciones que posibilitaron la emergencia y la expansión de Sendero Luminoso en el Perú de los ochenta. Un consenso viene abriéndose paso entre los especialistas en el tema: no basta remitirse a las condiciones objetivas existentes en la sociedad peruana (crisis social y política, miseria generalizada, corrupción del aparato estatal, etcétera) para dar cuenta de las adhesiones que movilizara el proyecto de Abimael Guzmán. Un primer argumento para sostenerlo es que varios países han sufrido problemas semejantes en distintos momentos, pero es en el Perú de los ochenta donde Sendero Luminoso encontró las condiciones para expandirse. En segundo lugar, la decisión de incorporarse en un proyecto político de la naturaleza de Sendero lleva al límite las opciones personales, pues lo que ella pone en juego es la completa y radical renuncia a la individualidad que se ofrenda al partido y su líder, asumiendo la posibilidad de dejar la vida en el empeño.<sup>1</sup> Se trata, pues,

<sup>1</sup> Las «cartas de sujeción» que firman los militantes que se incorporan a Sendero Luminoso tienen como destinatario no al partido ni la revolución, sino al «Presidente Gonzalo», el intermediario imprescindible a través del cual se materializa el compromiso con uno y otra. De allí que la caída de Guzmán en setiembre de 1992 provocará una crisis tan profunda en la militancia senderista.

de una opción que supone literalmente poner la vida en manos del partido.<sup>2</sup> Esta decisión se opera, finalmente, en la subjetividad de los candidatos. Las condiciones objetivas siempre se interiorizan por la vía de su incorporación a la subjetividad de los individuos que las viven. Y en este proceso tienen una influencia determinante no solo las condiciones objetivas (que siempre son procesadas desde el mundo de vida de los potenciales militares, que de por sí es bastante más amplio que las solas referencias ideológicas), sino también un conjunto de referentes personales que tienen tanta importancia y (en algunos casos una importancia aun mayor) como los problemas objetivos que, se proclama, se va a encarar.

Esto no quiere decir que las simpatías por Sendero están al margen de las condiciones sociales objetivas existentes. Postulamos que la subjetividad personal se construye, en última instancia, como intersubjetividad social, por lo cual puede esperarse que determinados sectores sociales que comparten un conjunto de referentes objetivos compartan un ámbito de influencias comunes, que, aunque serán resueltos como una ecuación única en la construcción de cada subjetividad individual, lo harán siempre partiendo de un repertorio común de referentes sociales.

Cuando se habla del senderismo por lo general se suele pensar en la masa de los militantes de Sendero, que actúan articulados en distintos niveles de compromiso político partidario. Pero el senderismo es más amplio que la suma de los cuadros orgánicamente vinculados a Sendero. En cierto sentido, podría ser calificado como un fenómeno social y político que influye en un significativo sector de la sociedad peruana, del cual apenas una parte terminará incorporándose a la militancia activa. El resto se mantiene como una periferia partidaria e, inclusive, al margen de toda actividad política, manteniendo una actitud de simpatía

<sup>2</sup> El partido dispone libremente de ella pues debe pagar un precio para arribar a la «sociedad de la gran armonía». Esta es la cuota: el aporte de los militantes para cruzar el «río de sangre» que se deberá atravesar para llegar al triunfo final.

con lo que Sendero representa, sin comprometerse orgánicamente, aportando ese «consenso pasivo» que es fundamental para todo proyecto revolucionario, porque constituye su potencial de crecimiento. Esto supone romper con esa visión que esencializa a los senderistas, considerándolos como un conjunto social inmutable, «el enemigo», situado al otro lado de la barda, al que solo cabe aniquilar.

Postulamos, por el contrario, que la categoría «senderismo» tiene un carácter más situacional. Es decir, que su ámbito de inclusividad puede variar y, de hecho, varía continuamente, de acuerdo con los avatares experimentados por la organización que moviliza las adhesiones y los rechazos, expandiéndose en determinados momentos y contrayéndose en otros, en función de dónde esté puesto el énfasis en un momento determinado, qué imagen proyecta, y qué triunfos o qué reveses cosecha, como sucedió, por ejemplo, luego de la captura de Abimael Guzmán, que fue seguida por un marcado repliegue de la organización insurgente y un sostenido y progresivo deterioro de su capacidad de convocatoria. Indirectamente se alude a aquel fenómeno cuando se habla de la «senderización» de la sociedad peruana.

Nos interesa indagar en el imaginario social de este estrato social y nos proponemos hacerlo a través de un análisis de la producción de dos narraciones de un colectivo literario que de por sí constituye todo un fenómeno social relevante dentro de la cultura peruana de las últimas tres décadas: el grupo Narración.

### *Narración*

El grupo Narración funcionó en torno de la revista del mismo nombre. Tuvo una activa presencia entre fines de los sesenta y mediados de la siguiente década. De tendencia política radical, en sus filas participaron en distintos momentos escritores tan relevantes como Gregorio Martínez, Antonio Gálvez Ronceros, Augusto Higa, Roberto Reyes Tarazona, Hildebrando Pérez

Huarancca, Oswaldo Reynoso y Miguel Gutiérrez. Estos dos últimos fueron los animadores del colectivo y mantuvieron la continuidad del proyecto junto con Vilma Aguilar, la compañera de Miguel Gutiérrez.

El grupo se organizó en torno de la figura de Oswaldo Reynoso, por entonces ya un escritor consagrado que había publicado el libro de cuentos *Los jefes* y la novela *En octubre no hay milagros*. Pero el ideólogo del grupo fue Miguel Gutiérrez, según el testimonio unánime de sus antiguos integrantes. Los testimonios subrayan la solidez de su formación y su preocupación por aquellos problemas que trascendían el quehacer literario propiamente dicho. Gutiérrez es un escritor que alterna su quehacer narrativo con una muy seria reflexión sobre las complejas cuestiones planteadas por la relación entre literatura y sociedad. Se trata, pues, tanto de un escritor cuanto de un teórico de la escritura.

Aunque *Narración* tuvo un número variable de participantes (algunos de sus colaboradores figuraron en apenas un número de la revista) existía una continuidad en el proyecto editorial que tenía un explícito carácter político literario. *Narración* —contra lo que generalmente se cree— fue un grupo plural, formado por escritores que tenían en común una posición de oposición al gobierno militar de Velasco Alvarado, pero que no era internamente homogéneo, ideológicamente hablando. Aunque la publicación en el segundo número de *Narración* de los textos del presidente Mao Tse Tung en el foro de Yenán sobre arte y literatura constituyó una especie de manifiesto, que sentaba posición sobre la forma cómo los animadores del equipo entendían la relación entre literatura y sociedad, el maoísmo ortodoxo no fue un común denominador de quienes pasaron por él. Si lo fue, en cambio, del grupo nuclear que mantuvo la continuidad del proyecto y particularmente de Miguel Gutiérrez. En su polémico ensayo *La generación del 50: un mundo dividido*, Gutiérrez (1988) da relieve a la valía intelectual de Abimael Guzmán, preguntándose si no se trata del intelectual más valioso de esa generación;

un intelectual de nuevo tipo, cuya obra no debía ser ponderada sobre la base de sus escritos —como lo hace Gutiérrez con los otros intelectuales citados—, sino por su aporte político partidario.<sup>3</sup>

Aunque a lo largo de alrededor de siete años de presencia pública —que coinciden gruesamente con el periodo velasquista— solo llegaron a sacar tres número de la revista y editar un libro (*Los ilegítimos*, un pequeño volumen de cuentos de Hildebrando Pérez Huarancca), la influencia de *Narración* sobre escritores que se mantienen en actividad, y cuya producción reciente ha alcanzado una elevada calidad, constituye en un fenómeno cultural digno de atención.

*Narración* se disolvió entre fines de los años setenta e inicios de la década de los ochenta. Aunque Oswaldo Reynoso atribuye el final de la experiencia a la dispersión física de los integrantes del equipo (algunos de ellos, entre los que se cuentan Miguel Gutiérrez y el propio Reynoso, radicaron algún tiempo en China), puede intuirse otras razones por lo menos tan importantes como la diáspora de sus miembros. Postulo que el grupo había ya cumplido su ciclo histórico. Caído Velasco Alvarado y en medio de un período de acelerada acentuación del carácter represivo del régimen de Morales Bermúdez (con el estado de sitio y el toque de queda implantado por más de un año en la capital), se hacía necesario asumir opciones que debían procesarse en el nivel individual. Desde la perspectiva estético-políti-

<sup>3</sup> Véase GUTIÉRREZ, Miguel. *Babel, el paraíso*. Lima: Colmillo Blanco, 1993. Semejante horizonte parece haber quedado atrás, si uno se remite a la propuesta estético-política que subyace en la novela, inspirada en su estadía en China. Aunque, como bien lo ha señalado el propio Gutiérrez, no puede identificarse a un autor con sus personajes (posición que representa una ruptura con relación a la posición sostenida por Mao Tse Tung en el foro de Yenán), creo que la tónica general de la obra puede considerarse representativa de su posición actual, que es una exaltación de un proyecto de convivencia humana basada en la apertura y tolerancia, por cierto muy alejado de la propuesta de la imposición de la línea correcta, el partido único y los faros mundiales de la revolución.

ca del colectivo, en el Perú de fines del setenta sus integrantes orgánicos tuvieron que optar o por profundizar su compromiso literario o por anteponer a este un compromiso político que pasaba por la militancia. Unos plasmaron sus postulados en sendas obras literarias, algunas de elevada calidad artística, otros llevaron a sus últimas consecuencias sus opciones políticas. Vilma Aguilar, fundadora de Narración y compañera de Miguel Gutiérrez, se incorporó a la lucha armada iniciada por Sendero, llegando a ser dirigente de la organización. Otro integrante de Narración que siguió un camino similar, llegando a ser dirigente senderista, fue Hildebrando Pérez Huarancca. Ambos encontraron una muerte trágica en la vorágine de la violencia política de los ochenta, años después de la disolución del grupo literario.

#### *Hildebrando Pérez Huarancca*

Como ya se ha señalado, el único libro que salió editado bajo el sello de *Narración* fue un pequeño volumen de cuentos de Hildebrando Pérez Huarancca, sintomáticamente titulado *Los ilegítimos*. Por su estilo, *Los ilegítimos* ha sido caracterizado como una obra neoindigenista. El tema que recorre las páginas de este pequeño volumen —que, en su contenido manifiesto, se trata de un vigoroso alegato contra las injusticias sociales de la sociedad peruana, presentadas desde la perspectiva de personajes que viven y mueren en una zona pobre y deprimida de la sierra peruana (el Ayacucho de inicios de la década del setenta)— es, como lo dice el título del cuento que da nombre a la colección, el de la ilegitimidad derivada del mestizaje vivido como bastardía. Quizá el cuento que más lejos avanza en esta visión es «Cuando eso dicen», un relato trabajado en primera persona, desde la perspectiva de un pequeño que vive con su madre, una mujer sola que, para sobrevivir y mantener a su hijo, tiene que alternar trabajos eventuales y la prostitución. La obra de Pérez Huarancca

quedó trunca por su temprana muerte, y su libro de cuentos constituye un testimonio importante que deberá ser valorado cuando sea posible hacer un amplio balance de la significación de estos duros años. Pero la equiparación entre mestizaje e ilegitimidad, que apenas está esbozada en la corta obra de Pérez Huaranca, está ampliamente desarrollada en la obra de Miguel Gutiérrez.

### *Miguel Gutiérrez*

Miguel Gutiérrez es uno de los narradores peruanos más importantes de las últimas décadas y su novela *La violencia del tiempo* (1991) constituye uno de los proyectos literarios más ambiciosos de la literatura latinoamericana de la década del ochenta. La obra narrativa de Gutiérrez se inició con la publicación de una novela temprana, *El viejo saurio se retira* (1969). Entre esta obra y su siguiente novela, *Hombres de caminos* (1988) transcurrieron 19 años. En el intermedio publicó solo un fragmento de un proyecto novelístico después abandonado, *Matavilela*.<sup>4</sup> *Hombres de caminos* tiene importancia dentro de la obra del autor pues forma parte de la saga narrativa de la familia Villar, que sería después ampliamente desplegada en *La violencia del tiempo*. En su concepción, la historia de esta familia de Congará constituye todo un universo narrativo, que quizás aporte nuevas obras en el futuro.

*La violencia de tiempo* es un vasto fresco donde se entretajan diversas historias cuya trama desborda ampliamente los límites espaciales y temporales de Piura, lugar donde, sin embargo, se anuda el eje raigal del relato. En la novela confluyen —invocados por voces múltiples— acontecimientos espacial y temporal-

<sup>4</sup> Gutiérrez afirma que en *Matavilela* estaba contenido en germen el proyecto literario que finalmente plasmaría en *La violencia del tiempo* (GUTIÉRREZ, Miguel. «Una novela total se hace una vez en la vida. Entrevista con Miguel Gutiérrez de Carlos Garayar». *Punto crítico*, n.º 2, 1992, pp. 79-83).

mente tan diversos como la guerra con Chile, la insurrección de la Comuna de París y su aplastamiento, la semana trágica de Barcelona y hasta la vida en Al Andalus, la España musulmana. Se trata de una obra muy compleja donde coexisten diversas concepciones literarias, estilos y perspectivas. En ella la violencia es omnipresente, pero está sabiamente balanceada por un espíritu irónico que toca sus extremos en las logradas caricaturas literarias de algunos destacados intelectuales oligárquicos. La obra tiene también elementos de *novela de formación*, por la vía de la experiencia de joven Martín Villar —una de las voces narrativas fundamentales que articula el relato— y las vicisitudes de su formación como escritor, que incluyen su marcha a Lima y el retorno a Piura en busca de sus raíces. Pero el núcleo del relato es la historia de la familia Villar y el intento de Martín Villar de desentrañar el misterio de un estigma que pesa como una maldición sobre la historia de su familia.

La indagación de Martín Villar sobre esta ofensa primigenia infligida a su linaje remite de alguna manera a la figura borgeana de los espejos. En un primer momento, la raíz del estigma parece radicar en la venta que Cruz Villar, el bisabuelo de Martín, hiciera de su bellísima hija Primorosa Villar a Odar Benalcázar, el terrateniente más importante de Congará. Pero está es apenas una apariencia, pues las motivaciones de Cruz son mucho más complejas que la codicia o la ambición.

En un segundo momento, los indicios apuntan hacia la vergüenza y humillación que porta la familia por el flagelamiento público que Odar Benalcázar infligiera a Cruz Villar, como revancha ante la afrenta que le infligiera Primorosa Villar. La hija de Cruz copuló con un artista de circo en el propio lecho del orgulloso terrateniente, fugándose después con este. Pero el baldón de los Villar está inscrito en un estrato más profundo de la realidad, al que el propio Cruz Villar llegará dolorosamente, a través de un proceso de sucesivos develamientos trazados con maestría a través de una reconstrucción en la que intervienen múltiples voces. Aquí intervienen los espectros de los viejos y

las viejas contemporáneos de Cruz Villar (que construyen un contrapunto memorable por su aguda ironía), los apuntes del padre de Martín, el recurso al sampedro (el jugo de un cactus con poderes alucinógenos) y la reconstrucción imaginaria que Martín hace de la dramática flagelación de su bisabuelo.

El baldón que ha empañado la vida de los Villar es, en su origen, el mestizaje. Cruz Villar ha procedido como lo ha hecho —tiranizando a su familia y sus animales; llegando a amarrar a sus hijos, Santos y Primorosa, cuando pequeños a su algarrobo para administrarles el sampedro; a vender a su hija, labrando la desgracia de su familia, humillándose ante Benalcázar y degradándose ante sus vecinos— por tratar de obedecer el evasivo mandato de su progenitor, el soldado español Miguel Villar. Este pasó por Congará y poseyó a la madre de Cruz, la indígena Sacramento Chira, desapareciendo después. La vida de Cruz Villar, en adelante, estará dominada por la búsqueda de este padre fantasmal. Tratando de conocer la voluntad paterna para realizarla, él no se ha detenido ante nada. Obligar a sus hijos a beber el sampedro, por ejemplo, tuvo como objetivo llegar a conocer los designios del padre idealizado, a través de las alucinaciones producidas por la pócima mágica. Pero la afrenta última, que el sampedro revelará, radica en el carácter absolutamente episódico, para su padre, de la unión con esa mujer india, de la cual Cruz y su linaje provienen. La maldición, vivida como baldón, ofensa y afrenta, radica en el origen mismo de su linaje, en ese mestizaje del cual proviene y que es, en sí mismo, un estigma imborrable.

El tema del mestizaje es crucial en la construcción de la novela de Miguel Gutiérrez. Postulo que la forma como este es vivido por sus personajes da algunas claves para pensar un potencial de violencia latente en la sociedad peruana, que puede actualizarse cuando determinadas condiciones, entre las cuales la crisis social juega un papel importante, se hacen presentes.

En *La violencia del tiempo*, el mestizaje, entendido como estigma, constituye el eje vertebral de múltiples historias que se

entrecruzan: «lo que en verdad quiero contar —afirma Martín Villar, como cronista cuyo punto de vista articula las líneas centrales de la trama— es la historia de un estigma, de un agravio».<sup>5</sup> Concretamente, se trata del agravio sufrido por su familia. El joven Martín trata de redimir a su linaje humillado a través de la recuperación de la memoria.

No, no era una cuestión puramente literaria, no se trataba de contar una historia más o menos insólita y despiadada, se trataba (así lo reiteran las fichas dejadas por Villar) de reivindicar una memoria, de hacer patente la continuidad del ultraje, de la herida, de la caída, que constituían el emblema, el indeleble blasón de los Villar.<sup>6</sup>

La naturaleza del blasón familiar al que la novela alude ha sido explícitamente señalada por Miguel Gutiérrez, cuya voz coincide en este punto con las de sus personajes,<sup>7</sup> en una entrevista donde reflexiona sobre su novela:

[...] el racismo existe. Yo lo he sentido en Piura, que es uno de los sitios más conservadores [...] de mayor racismo, racismo contra los indios, que eran lo no existente, lo que se ignoraba y también contra los cholos y los negros. Yo he sentido en carne propia expresiones humillantes, y por supuesto hipócritas, en los grandes terratenientes y también en las clases medias, que son igual, de un orgullo estúpido, racismo que, además, ha originado una respuesta del pueblo. *Un poco el blasón de los Villar es eso: la herida, la raíz de una humillación, que es parte de su linaje.*<sup>8</sup>

<sup>5</sup> GUTIÉRREZ, Miguel. *La violencia del tiempo*. Lima: Milla Batres, 1991, t. III, p. 189.

<sup>6</sup> *Ibid.*, t. III, p. 219.

<sup>7</sup> Refiriéndose a la flagelación de su bisabuelo, Martín Villar afirma: «este agravio y vejamen inferido públicamente a mi primer abuelo, señor Chanduví Mechato, es como el blasón, el escudo de armas humillando de los de mi sangre» (*Ibid.*, t. I, p. 279).

<sup>8</sup> GUTIÉRREZ, Miguel. «Una novela total...», p. 80; el énfasis es mío.

La herida, «la raíz de la humillación», termina así convertida ya no solamente en una afrenta que exige una reparación, sino en un elemento constitutivo de la identidad misma de los Villar y, mediante una fulgurante metamorfosis, erigida en un motivo de orgullo: el blasón familiar.

La condición de mestizo es vivida, pues, como una maldición sin redención posible, en las antípodas del mestizaje como solución a los conflictos étnicos y raciales que desgarran a la sociedad peruana, esa alternativa en la que José María Arguedas soñara a inicios de los años cincuenta, cuando estudiaba las comunidades del Valle del Mantaro, y vivía la ilusión de que allí podría encontrarse el puente que terminara con la oposición irreconciliable entre blancos e indios.

El racismo en la novela de Miguel Gutiérrez no es solo un evento que se sufre como una agresión externa. Tanto o más importante que la discriminación infligida lo es la interiorización de los prejuicios racistas por los discriminados que terminan convencidos de su inferioridad congénita. Martín Villar, buscando las huellas de su bisabuela Sacramento Chira habla con don Juan Evangelista Chanduví Mechato, sabio anciano indígena que conserva la memoria de la colectividad tallán a la cual pertenece. Martín sufre sin saber cómo empezar. ¿Cómo establecer el diálogo con aquellos a quienes aprendió a despreciar, odiar y temer bebiendo sus prejuicios, como diría el Inca Garcilaso de la Vega, con la leche materna?

¿Decirle que, aun antes de conocerlos ni poder distinguirlos del resto de cristianos que lo rodeaban, aprendió por las palabras, como se aprende que la candela quema y la espina pincha, que los indios habitaban como una maldición muestra tierra? ¿Acaso mamá Altemira no le dijo tantas veces, refiriéndose a la crueldad de su abuelo Santos: «Viejo perverso por esa mala sangre de indios que corre por sus venas»? ¿Y decirle que luego fueron la duda y el pánico porque quizá él estuviera manchado por esa sangre pernicioso?<sup>9</sup>

<sup>9</sup> GUTIÉRREZ, Miguel. *La violencia...*, t. I, p. 276.

*El baldón (y el blasón) de una raza*

La flagelación de Cruz Villar por Odar Benalcázar condensa los juegos de imágenes especulares en los cuales se construye el baldón de los Villar, el fundamento de su rencor inextinguible. Flagelado por el terrateniente al que antes ha vendido a su hermosa hija él hace una confesión ante el pueblo, que su hijo Santos quiere interrumpir, invocándole que recuerde el honor.

Me contaron que por unos instantes el viejo pareció sopesar las razones del hijo, como si dijera: ¿Acordarme? ¿El honor? Luego anduvo perdido en un dédalo de divagaciones en la que aludía una y otra vez y otra más al honor perdido no sólo ante los vecinos del lugar sino ante su mujer y sus hijos y ante sí mismo, pero él (Cruz Villar) no había hecho más que obedecer una ley más sustancia que tenía que ver con la sangre y el linaje.<sup>10</sup>

En su confesión/expiación pública, Cruz cuenta que a través de las revelaciones de su hijo Santos, inspirado por el sampedro, finalmente ha sabido del padre al que adoraba y cuya ley era para él la más alta razón. Entonces lloró —como explica— no por la muerte del progenitor ausente, ni porque este hubiera tomado una nueva mujer y engendrara otra progenie, ni porque los tuviera olvidados, ni porque los abandonara, ni porque los negara («porque se niega lo que se tuvo, igual y conforme que lo olvidado es lo dejado»), sino por una razón mucho más honda y dolorosa:

[...] en la memoria que de su vida hizo a la blanca con que fundó generación tras elevadas esponsales [...] no nos mencionó siquiera y nos pasó por alto y nunca existimos para él y tan ni siquiera por rubor de confesarle a la blanca que en tiempos de juventud se cruzó con una india ordinaria sino igual y conforme que el hombre llegado a la vejez no recuerda a las mulas y burras y chivas con las que de muchacho busca esparcimiento y sosiego.

<sup>10</sup> *Ibid.*, t. III, p. 37.

Y todo esto me iba diciendo mi Santos con elevada ciencia y sus razones, paisanos, me atormentaban, compréndalo señor, lo que él dejó no fue su semilla ni su sangre [...] Después ya no recuerdo y caminé con el sentido huido y lejano, hasta que volví a oírlo o por mejor decir a entenderlo, pues todo el tiempo le sentí hablarme y gritarme detrás de mí. Y yo repetí ¿raza perversa? <sup>11</sup>

Destruída su ilusoria identificación con el padre ausente, para el cual él simplemente nunca existió, Cruz Villar intenta reconciliarse con la memoria de la madre, de la que antes renegara por tratarse de una india. Va a cementerio donde reposan sus restos, cementerio que ha sido devastado por una creciente del río, hecho que antes Cruz recibiera como un altísimo don del destino «que lo liberaba de los huesos y la sangre impura de Sacramento Chira». Intenta una reconciliación tardía, escarbando la tierra con las uñas, pero su hijo Santos destruye implacablemente las ilusiones que él pone en esa reconciliación imposible:

De modo que no existía calma ni reposo ni acuerdo para Cruz Villar, esto volvió a repetir. Pues apenas el viejo logró salir del aturdimiento y explicó al hijo el lugar en que hallaban (¿Sabes que estamos pisando la tierra en que descansa tu abuela Sacramento?), al muchacho lo sobrecogió una nueva furia (absoluta y blasfematoria y no obstante lúcida y justiciera, como escribiera mi padre) que hizo descubrir al viejo Villar que su muchacho Santos no solo le inspiraba amor paternal y orgullo y respeto, sino temor de una calidad desconocida, en nada semejante a pasiones tan bajas como, digamos, la cobardía o el temor abyecto por el martirio corporal o el miedo a la muerte. Y ahora el muchacho injuriaba a los huesos y la sangre y el polvo que mi bisabuelo empezaba a venerar, diciéndole. También la india. La valiente zorra. ¿No dice usted que fue al encuentro del blanco? <sup>12</sup>

<sup>11</sup> *Ibid.*, t. III, p. 39.

<sup>12</sup> *Ibid.*, t. III, p. 41.

El mestizaje está vinculado en la historia de Cruz Villar con la forma más radical de la orfandad. Pero la ignominia de la identificación ilusoria con ese padre, que ni siquiera llegó a despreciarlo porque simplemente ignoraba su existencia, es aun más profunda porque, cuando Cruz Villar es arrastrado para ser flagelado por Odar Benalcázar ante los vecinos de Congará, en una alucinación ve en su verdugo a la encarnación de ese padre ausente:

Dijo que en un arrebato de luz consideró la cara de Benalcázar, y él (Benalcázar) como que entendía y no entendía, pero alguna trama debió punzar porque el blanco esforzóse por afrentarlo: «¿Qué habla, so viejo cojudo? ¿Yo, Miguel Villar? ¡Váyase a la puta que lo parió!». Sin embargo él (mi bisabuelo) continuó con lo recién aprendido y poco importaba la derrota o la desertión o la perniciosa índole, el soldado godo Miguel Villar llegó a esta tierra y engendró vástagos de su sangre y llenó con su estampa y su ley el hogar y señoreó («Ah, y cómo ejerció alta potestad», dijo él), y un día desapareció. Desapareció. Y desde entonces su alimento fue la añoranza («Nada más, nada más», ausencia y añoranza y desconsuelo, aborrecimiento y desamor, («¿es esto vida, China querida?»)). Y dijo que no supo hasta ahora, que hasta ahora no había sabido... pero entonces ya no pudo proseguir («Ya no pude hilvanar mi doctrina»), pues el blanco (el Villar, el Benalcázar, ¿entiendes?) ordenó sacarlo a rastras y fue sacado a este terral y ellos (los vecinos) habían sido testigos de su martirio por sus culpas y su culpa («Al fin entendí paisanos, hijos míos») fue vivir en embeleso huyendo del natural y las raíces y esta ley quiso amonestarle al blanco que antes partió en tropel y desapareció altanero entre grandes polvaredas como Miguel Villar redivivo (Dijo el viejo: «Igual y conforme que el fantasma de Miguel Villar»), de modo que su muchacho Santos había hablado con ciencia verídica: raza perversa, ellos, con Miguel Villar galopando a la cabeza, llegaron y fatalizaron por siempre, esta tierra (Sentenció: «Por siempre, por siempre, por siempre») y así habría de ser hasta que desaparecieran de su faz y fueran despojados de su hombría («Como hice yo con el gran padrillo») y no hubiese más generación, ya no más seres fatales como Cruz Villar (¿y yo? ¿y cómo tú?), señor y tirano de sus hijos y de sus animales y de sus mujeres, pues este Villar del que hablaba había visto

destruida su Vida y agravio a su otro linaje y se fatalizó y se convirtió en un ser descastado («¿Me oye señorita Diéguez? ¡Descastado! Sí, ¡Descastado!»), e interpeló en seguida Santos (Pidió: «¡Escúchame tú, Santos»), pues no solo Miguel Villar y sus raza perversa sino también él (Cruz Villar) merecían la condena y la destrucción y el fuego y así la mamita Sacramento y los abuelos antiguos encontrarían venganza y reposo y olvido.<sup>13</sup>

Quiero llamar la atención sobre este eje vertebral que emparría las obras de Gutiérrez y Pérez Huaranca: el mestizaje con afrenta. En ambas, la ilegitimidad aparece como un elemento fundacional en la construcción de la identidad mestiza.

Pero la ilegitimidad no se fundamenta únicamente en el rechazo paterno vivido por los vástagos mestizos de la raza de los conquistadores. Prosiguiendo su búsqueda, Martín Villar dirige sus esfuerzos hacia el mundo de la madre originaria, la india Sacramento Chira, en quien el soldado español Miguel Villar fundara el linaje mancillado. Y sus pasos lo llevan hacia el anciano Juan Bautista Chanduví.

### *Indios y mestizos*

Juan Evangelista Chanduví Mechato es un indígena orgulloso de ser descendiente de una gentilidad cultivada como un valor paradigmático, por oposición a la sangre de los crueles blancos, a los que odia, pero también a la de los de «sangre mezclada», a quienes desprecia. Pero tampoco él puede sustraerse por completo a un sentimiento de minusvaloración con relación al odiado y temido (pero también envidiado) color blanco: «tu abuelo Santos —dice a Martín— era de buena sangre, más y más desperdido que tú, casi blanco, como un señor, y mi pellejo y el pellejo de Meche, que era más humilde que el mío, como que se avergonzaba al atravesarse por donde él caminaba».<sup>14</sup>

<sup>13</sup> *Ibid.*, t. III, pp. 47-48.

<sup>14</sup> *Ibid.*, t. I, p. 278.

A Martín lo reivindica ser descendiente de Santos Villar, curandero afamado, quien prodigara lo mejor de sus vastos poderes para curar a los desposeídos, «y más todavía a los pobres entre los pobres, como son los indios, de linaje castigado». <sup>15</sup> Porque, para don Juan Evangelista, Martín Villar comparte el estigma de la mezcla, la mancha imborrable de la impureza: «en lo más remoto nuestras dos sangres se alimentaron del mismo manantial, aunque la sangre suya padezca del escarnio del mestizaje, que alimenta quimeras y soberbias y pretensiones insignificantes y utópicas, pero que dejan en el alma las cenizas de orfandad y la sal y el vinagre del destierro, y no hay abrevadero para esta sed». <sup>16</sup>

Porque aunque don Juan Evangelista pertenezca a un linaje humillado —en su condición de indio viviendo en las tierras que les fueron arrebatadas a sus antepasados, que ha visto pisoteados sus dioses, burlada su cultura y aplastada su identidad— le queda el elevado refugio de saberse de un linaje incontaminado, celosamente resguardado contra las mezclas que infaman:

De este modo, le decía, perdimos jirones preciosos de nuestra alma al olvidar nuestro sonoro y noble idioma y ya no nos quedó más que la brasa del orgullo, brasa que mantuvimos ardiente a través de los siglos para defender la sangre y el linaje nuestra gentilidad. Por interdicción antigua, hasta hace dos o tres generaciones, no nos mezclábamos con los sechuras, pues son mochicas [...]. Y si nos negamos a unirnos con estos hermanos de reza nativa, más remisos e indóciles fuimos a mezclar nuestra sangre con la sangre chapetona y con la menguada sangre de las castas mestizas y mulatas. <sup>17</sup>

¿Puede Martín Villar, sin dejar de ser quien es, superar la afrenta de ese mestizaje originado en esa cópula violenta y asimétrica

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> *Ibid.*, t. I, p. 285.

<sup>17</sup> *Ibid.*, t. I, pp. 292-293.

de los padres originarios fundadores de su linaje? No hay una respuesta en la novela. Martín vive agónicamente y la última parte de su existencia literaria está consagrada a la formación política y humana de Zoila Chira, una joven indígena que ha escogido por compañera, preparando su espíritu «para una apertura hacia un mundo cada vez más complejo y violento». Para ella es una profunda frustración la negativa de Martín de dejar progenie:

[...] al relatarme todos estos sucesidos [le dice], yo pensaba, no podía dejar de pensar, en los hijos que perdí y usted se niega a tener y yo, pobre ignorante, di cabida en mi cerebro de acémila a ideas mezquinas y en mi corazón a sentimientos ponzoñosos pensando que en el fondo usted juzgaba mi vientre poco limpio y más que eso: sucio como para que fructificara su semilla.<sup>18</sup>

Martín vive la ambivalencia de compartir su vida con una mujer, casi una niña, a la que niega el derecho de procrear hijos de su unión, mientras oculta el amor platónico que lo liga con una bella joven descendiente de una familia terrateniente, Deyanira Urribarri Lazón y Osejo, a la que conoció en la universidad y que constituye el objeto ideal, inalcanzable, de su amor: «¡Cuántas veces he vencido la tentación de indagar el destino que habrá seguido, cuántas veces como ahora que termino de remontar este río! Pero otra vez me niego siquiera a intentarlo para que permanezca siempre joven, con sus ojos iluminándome».<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *Ibid.*, t. III, p. 275.

<sup>19</sup> *Ibid.*, t. III, p. 391. Es significativo que Deyanira afirme, en una de sus conversaciones con el enamorado joven Martín, que el embarazo es una afrenta a la mujer, proclamando su decisión de no tener hijos. Aunque la dedicatoria literaria con que Miguel Gutiérrez inicia su novela sugiera otra lectura política del hecho: «Por eso, interpretando el espíritu de Miguel Villar, el autor rinde homenaje a la gloriosa memoria de Deyanira Urribarri, muerta en el combate por sus ideales de justicia y de dignidad humana» (*Ibid.*, t. I, p. 5).

No es difícil reencontrar en la dualidad de la pasión amorosa de Martín Villar los mismos trazos de la escisión originaria que marca la trágica historia de su familia. No parece existir pues más solución al estigma familiar de los Villar que la extinción del linaje. Si acaso existe una salida, esta se esboza por fuera de la acción de Martín.

Bueno, ahora que ya no me es necesario [dice el narrador refiriéndose a Martín, su creatura], ¿qué debo hacer con él? ¿Lo borraré de un plumazo? Mejor será que, como en tantas otras ocasiones mientras los pueblos y los hombres combaten bajo los cielos del mundo, lo deje entre los arenales candentes a merced de las viejas, turbulentas voces. Al fin y al cabo ya le hice conocer la belleza y el breve goce del amor, dones que no todos los hombres de la tierra pueden alcanzar, pero que por el solo hecho de existir merecieran alcanzarlos.<sup>20</sup>

Aludimos líneas arriba a la ironía que atraviesa *La violencia del tiempo*. En las páginas finales, ella permite un efecto de distanciamiento cuando aparece la voz de un narrador (que por cierto no debe confundirse con el autor de la novela) que reivindica la creación del personaje de Martín Villar y las otras voces que permitieron articular el relato.<sup>21</sup>

He leído al azar [dice esa voz] algunas páginas de esta narración; entre las mismas encontré estas frases: «He logrado fabu-

<sup>20</sup> *Ibid.*, t. III, pp. 398-399.

<sup>21</sup> «Digamos que he sido —que soy— la sombra (una de las sombras) de Martín Villar. Impaciente, hambriento de corporeidad no resistí la tentación de mostrarme: fui aquel viejo saurio, viejo de todas las vejeces, que desde el dorso de una duna y rozado por la sombra de los muertos ausculta con ojos alargados y neutros el agravio (por siempre irredento) que se va a comentar en un perdido pueblo; fui la sapiente y acerba voz del cactus que reveló a Martín lo que era menester revelarles; y fui (me temo) la divinidad perversa a quien el buen Martín estuvo a punto de entregarle su alma [...] afirmo que Martín Villar fue un explorador más osado que yo y más competente y honorable» (*Ibid.*, t. III, p. 398).

lar la historia de una herida que a todos nos alcanza y la historia de la vindicación primitiva, bárbara y el rencor inextinguible, junto al itinerario de vidas que arrastran consigo los furóres de la historia». Y más adelante estas otras: «Reivindicación de un linaje humillado, retorno a la comunidad y consolación por la literatura: he allí el camino de perfección de Martín Villar». Palabras presuntuosas, arrebatadas, ilusas. *¿También ilusas?*<sup>22</sup>

Mestizaje, afrenta, humillación, violencia. Son correspondencias que suenan extrañas si se piensan desde esa ideología que exalta al mestizaje como la superación del racismo. Pero existen datos recientes que debieran llevar a repensar las cosas. En una encuesta aplicada en julio de 1995 a adolescentes entre los 11 y los 17 años de edad en las diez ciudades más importantes del país, el 65,3% de los encuestados opinó que existe racismo en el Perú, contra un 28,0% que sostenía lo contrario. A la pregunta de quienes son los más perjudicados por el racismo, un 45,1% contestó que son los cholos, un 38,7% los negros, un 12,9% los indígenas y un 0,4% los japoneses y los chinos. Un 90% opinó que las personas más racistas son los blancos, seguidos por los japoneses y los negros con apenas un 3,1% y 2,2%, respectivamente. La reducción de la importancia concedida al racismo antiindígena y la elevación que se le otorga al racismo antimestizo entre los adolescentes constituye toda una revolución en las mentalidades en el Perú. Por otra parte, la contundencia de la opinión abrumadoramente mayoritaria que atribuye un carácter marcadamente racista al estrato blanco manifiesta una preocupante polarización social en torno a este tema.<sup>23</sup>

Una vez más, la literatura parece anticiparse, poniendo en la agenda problemas fundamentales frente a los cuales las ciencias sociales siguen cerrando los ojos.

<sup>22</sup> *Ibid.*, t. III, p. 392; el énfasis es mío.

<sup>23</sup> RADDA BARNEN. *Voces con futuro: opinión de niños y adolescentes*, n.º 22, 1995.

*Bibliografía*

- GUTIÉRREZ, Miguel. *La violencia del tiempo*. 3 t. Lima: Milla Batres, 1991.  
— *Babel, el paraíso*. Lima: Colmillo Blanco, 1993.  
— «Una novela total se hace una vez en la vida. Entrevista con Miguel Gutiérrez de Carlos Garayar». *Punto crítico*, n.º 2, 1992, pp. 79-83.
- NARRACIÓN. *Revista literaria y de opinión*, n.º 1 (1966), 2 (1971), 3 (con el subtítulo de *Nueva crónica y buen gobierno*, 1974).
- PÉREZ HUARANCCA, Hildebrando. *Los ilegítimos*. Lima: Narración, 1980.
- RADDA BARNEN. *Voces con futuro: opinión de niños y adolescentes*, n.º 22, 1996.